

V Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo A

Mt. 5, 13-16

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Ustedes son la sal de la tierra. Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se le devolverá el sabor? Ya no sirve para nada y se tira a la calle para que la pise la gente.

Ustedes son la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad construida en lo alto de un monte; y cuando se enciende una vela, no se esconde debajo de una olla, sino que se pone en un candelero, para que alumbré a todos los de la casa.

Que de igual manera brille la luz de ustedes ante los hombres, para que viendo las buenas obras que ustedes hacen, den gloria a su Padre, que está en los cielos».



SAL DE LA TIERRA Y LUZ DEL MUNDO

Hemos escuchado en el evangelio de este domingo, como el Señor Jesús ilustra con dos comparaciones, dos características que distinguen a sus discípulos y son fundamentales en su vida: Ser sal de la tierra y luz del mundo.

Quien se convierte por su seguimiento del Señor, en sal de la tierra, tiene la capacidad de hacer la diferencia en medio de lo cotidiano, de alterar el orden establecido de manera positiva gracias a su fe.

La sal en la mayoría de las culturas, incluida nuestra cultura occidental, es un elemento considerado noble. Al usarse en la preparación de los alimentos, tiene que diluirse, de tal manera que el sabor de éstos se intensifique, y así se puedan convertir en manjares para el paladar. Sin la sal, las comidas no serían lo mismo, dejarían de ser significativas, se convertirían en sosas, sin trascendencia alguna y en lugar de provocar satisfacción y saciedad, serían causa de disgusto.

Para que la sal sea fiel a su esencia, debe ser conservada de manera cuidadosa en lugares frescos y secos, de igual manera el discípulo cristiano, tiene que tener cuidado de ser fiel a su esencia, y no perder de vista aquello que lo guía y lo sostiene: su estrecha relación con Jesús.

Sin esta relación vital con el maestro, el discípulo puede perder su identidad y dejar de ser verdaderamente cristiano, volviéndose insípido e incapaz de transmitir a otros el verdadero mensaje del Señor. La presencia de los discípulos del Señor en el mundo no debe ser escandalosa, no se trata de hacer ruido, sino de ser fieles testigos. “Diluidos” entre los recovecos de la sociedad actual, su presencia se debe notar sobre todo en los efectos positivos de sus acciones, efectos que transformen la sociedad, que le den un sabor especial y agradable, resaltando lo bueno que hay en ella.

Por otra parte, ser luz del mundo, en el momento actual, no es fácil, sobre todo cuando creemos que ser luz significa brillar con luz propia. La vanidad humana está

sobre-exaltada en la sociedad de este siglo XXI, y no respeta límites, se puede introducir incluso en los círculos de fieles cristianos más sinceros y es el primer peligro al considerar nuestra vocación de ser luz del mundo.

Ante todo hay que recordar y cultivar como una convicción fundamental que el verdadero brillo deslumbrante de los discípulos cristianos, tiene una sola fuente: Jesús el Señor. Él y solo Él, es la Luz verdadera, de la cual nosotros encendemos y alimentamos nuestra luz interior. La luz, como dice el evangelio no se puede ocultar, y aunque existan miles de esfuerzos por sofocarla siempre encontrará lugar para brillar, y lo hará con mayor intensidad en aquellos lugares en donde reinen las tinieblas.

La autenticidad debe ser el sello distintivo de la luz que portamos como cristianos. Una autenticidad ganada con un esfuerzo continuo en mantener viva la luz de nuestra fe alimentándola del ejemplo de Jesús. Despojando el corazón de todo egoísmo, vanidad y vanagloria, podremos entonces experimentar en la propia vida la luz del Señor que se manifiesta en alegría que ilumina, en seguridad que da sosiego y en calor que consuela. Estos frutos son los que podremos entonces aportar a un mundo que teniendo a la mano la Luz indeficiente de Jesús, se conforma con momentáneos chispazos que en lugar de iluminar, confunden, desesperan y entristecen la vida.

Pidámosle a Dios nuestro Padre que nos otorgue el don del Espíritu Santo, para que con un corazón dispuesto reafirmemos nuestra identidad cristiana contemplando y siguiendo fielmente al Señor Jesús, de tal manera que podamos ser verdadera sal de la tierra y luz del mundo para todos los que nos rodean.

¡Alabado sea el nombre de Jesús!

Pbro. Eliezer Israel Sandoval Espinoza

Arquidiócesis de Monterrey, México

Twitter: padre_eliezer